

di Borgo, sin bajar del púlpito convertido en tribuna, esforzaba la voz para proseguir la catilinaria, un bonapartista que se hallaba cerca del orador le tiró bonitamente de los pies, produciéndose con ello una contienda á brazo partido entre ambos bandos, hasta que el de Napoleón logró arrojar á la calle á Pozzo di Borgo, cuyos parciales no echaron mano de las armas por haberseles recomendado de antemano el sufrir resignadamente toda violencia. Hecho el escrutinio resultaron elegidos Quenza y Bonaparte para los respectivos cargos de primero y segundo jefes del batallón de milicianos, y en consecuencia, fueron nombrados oficiales sus más conspicuos partidarios.

Esta elección tuvo consecuencias incalculables para el porvenir de Bonaparte y de Europa entera. El diputado Carlos Andrés Pozzo di Borgo no pudo disimular el despecho que sentía por la derrota de un individuo de su familia. Hasta entonces había cultivado la amistad de Napoleón, de cuya compañía gustaba para hablar de Córcega y de Francia; pero después de las elecciones quedó rota la amistad, y el tiempo fué acentuando su enemiga. Pozzo di Borgo llegó á ser embajador y diplomático prestigioso al servicio de Rusia, y desde tan elevado puesto se aprovechó del conocimiento íntimo que del carácter de Napoleón tenía para asestarle los más rudos golpes que éste había de recibir en su legendaria carrera.

Al punto de elegido, se ocupó Bonaparte en organizar el batallón de voluntarios, pues Quenza sólo podía servirle de estorbo, ya que á éste no le llamaba Dios á la profesión de las armas. El mismo Quenza dejó gustoso que Napoleón cuidara de instruir á los reclutas y designar su acuartelamiento. Pronto el segundo jefe difundió su autoridad por todo el batallón, pues, no obstante su imberbe juventud y aspecto delicado, había tal seguridad en sus palabras y tan serena fijeza en su mirada, que inmediatamente se ganó el temeroso respeto de sus subordinados. En pocos días supieron los soldados manejar el arma y maniobrar ágilmente en masa. Napoleón parecía satisfecho del estado de las tropas, conseguido sin gran esfuerzo, gracias á la firmeza desplegada desde un principio y á su propio método de instrucción táctica, que había tenido felicísimo éxito.



## CAPÍTULO IX

### EL MOTÍN DE PASCUA

Sobrevinieron en esto una serie de violentos incidentes que agitaron intensamente la ciudad y pusieron varias veces en peligro la vida de Napoleón. Estos sucesos se conocen en la historia de la isla con el nombre de *Motín de Pascua*, cuya determinante fueron los siguientes hechos:

Después de las elecciones de jefes de los cuatro batallones de milicianos, el directorio del departamento los puso de guarnición en las fortalezas de la isla, con especial objeto de custodiar el material de artillería, según decreto de la Asamblea nacional; pero los gobernadores de dichos fuertes rehusaron cumplir la orden, alegando que era ilegal. Estos conflictos ocurrieron en toda la isla, pero más gravemente en Ajaccio, porque Napoleón estaba decidido á instalar sus tropas en el castillo que señorea la ciudad. Otro decreto de la Asamblea ordenaba la expulsión de las comunidades religiosas, y así, hubieron



de salir de Ajaccio los capuchinos, con harto sentimiento del vecindario, compuesto en su mayoría de marineros. Los peraldistas se aprovecharon de esta circunstancia para organizar manifestaciones públicas muy copiosas en incidentes, que demostraban la sorda agitación de los ánimos, distinguiéndose por su violencia las mujeres, á las que mayormente había disgustado la salida de los capuchinos. Napoleón escribió á su hermano José, individuo del directorio de Corte, participándole lo que sucedía y demostrándole la necesidad de reconcentrar todo el batallón en Ajaccio, llamando á los soldados que disfrutaban licencia temporal. En consecuencia, se convocaron las milicias en Ajaccio, y el mismo Saliceti, procurador general síndico, vino á instalarlas en improvisados cuarteles después de revistarlas el coronel Mailand, gobernador militar de la plaza.

Al ver tanta tropa reunida en la ciudad, inquietáronse todavía más los ajaccianos, y todo el mundo se preguntaba qué quería decir aquello y para qué tan insólito alarde de fuerzas. Por otra parte, los vecinos no miraban con simpatía á los milicianos, porque casi todos eran gentes del interior, muy mal vistas por su carácter. Diariamente estallaba esta antipatía en querellas y riñas sin importancia, pero con riesgo de provocar graves conflictos, como sucedió en efecto.

El 8 de Abril, domingo de Resurrección, el vecindario en masa estaba en plazas y calles, haciendo animados comentarios acerca de una procesión que había de salir al día siguiente, con permiso concedido por el alcalde, tras muchas instancias, á causa de temer colisiones entre los devotos y los milicianos. En la calle de la Catedral, un grupo de muchachas jugaba á los bolos, según es costumbre en Córcega en aquella festividad. Empezaron á disputar las muchachas, y entonces los marineros y otros vecinos que presenciaban la escena, lejos de apaciguar la disputa, se mezclaron en ella, pistola y puñal en mano. Peraldi acudió al rumor de la riña y desarmó á los más excitados. También salió la guardia miliciana acuartelada en el Seminario, creyendo necesario intervenir, y en el camino encontró á un hombre que llegaba del lugar de la pelea, con la pistola en actitud amenazadora. Detuviéronle los milicianos, pero varios vecinos que por allí pasaban, discutieron la legalidad de la aprehensión, agriando de más en más el altercado. Entonces salió de la multitud ya arremolinada un

grito amenazador de: *¡Arremeted contra las charreteras!* Comprendió el oficial de milicianos que se agravaba el caso y se retiró precipitadamente al cuartel con el destacamento, no sin dejar en la calle un miliciano muerto de tres puñaladas. Apenas en el cuartel, quisieron salir de nuevo los voluntarios para vengar la muerte de su compañero, mas les detuvo el teniente coronel Quenza, que había llegado al cuartel con deseo de evitar mayores males.

Napoleón estaba en la calle Mayor al ocurrir el tumulto, y en cuanto supo lo que pasaba, fué con algunos oficiales del batallón al Seminario, y al pasar por delante de la Catedral, vió, en casa de Ternano, que una señorita de esta familia le hacía llorosa angustiosos ademanes de no seguir adelante, indicándole que peligraba su vida. Efectivamente, los oficiales vieron que un hombre apuntaba el fusil contra ellos. Napoleón se adelantó resueltamente hacia él, diciéndole que depusiese su actitud; pero el hombre, que al principio pareció escuchar el consejo, apuntó de nuevo el fusil al ver que otros vecinos acudían en su auxilio, y disparando el arma, mató al teniente Rocca-Serra. Napoleón y sus compañeros, comprendiendo entonces el peligro que les amagaba, pues otros revoltosos les apuntaban con los fusiles, ganaron el zaguán de la casa de Ternano y por la puerta trasera se dirigieron al Seminario.

Esta fué la señal del motín. De todas partes salieron gritos de: *¡A las charreteras!*, y el paisanaje llenó las calles empuñando armas blancas y disparando los fusiles contra las ventanas de Quenza, y contra cuantos oficiales y voluntarios encontraban á su paso, sin que felizmente causaran nuevas víctimas.

En el Seminario, deliberaban entretanto Quenza y Bonaparte sobre lo que convenía hacer en tan apurado trance. Por de pronto, resolvieron prepararse para resistir el ataque, si el paisanaje lo intentaba, como era de suponer por el incesante clamoreo que desde todas partes se oía. A tal fin, mandaron un propio, que de la calle de San Carlos les llevó municiones, y en seguida acordaron requerir la intervención del coronel Maillard para el inmediato restablecimiento del orden, pues tanto los jefes como los oficiales y soldados ardían en deseos de vengar la muerte de Rocca-Serra en los clericales de Ajaccio. Aquella noche, Bonaparte y Quenza fueron con un piquete de mili-